

INTROITO⁴

Haber sido compañero y testigo, amigo y cómplice del hervor y el fervor, tanto vital como poético, que Juan López-Carrillo puso en marcha con los primeros balbuceos de POEMAX puede servir para justificar mi presencia como prologuista, cicerone del trayecto de esta obra y contestar, a su vez, una curiosidad que pueden tener algunos lectores y que, sin duda, tienen todos aquellos noveles que incuban el sueño de llegar a escribir algún día un libro de poemas: ¿cómo nace un libro?, ¿a qué designio o voluntad obedece?, ¿cuál es la exacta motivación o el flagrante delito que pone en marcha la máquina psicológica de juntar palabras en renglones que llamamos versos? Y una vez escritos ¿cómo saber que no son meros y viciosos ayuntamientos de palabras con más o menos sentido, sino que en ellas, enredada en ellas, invisible madre selva que se percibe por el aroma, se deposita esa sutil esencia que llamamos poesía?

No vamos a ser aquí tan pretenciosos de querer contestar a tan recurrente pregunta. No creo que exista una respuesta genérica, una teoría abstracta que pueda definir la poesía y que, a su vez, contente a todos los que gustamos de ella. Así que voy a intentar ser juicioso y no salirme del estricto marco de este libro que, tan preñado de recursos como está, no permite el desliz de las elucubraciones sino más bien el sentido común de una didáctica que nos guíe a la mejor comprensión del mismo.

Allá por el declinar del verano del 98, en el que fuimos felices, Juan López-Carrillo tenía el encargo de presentar quince poemas para la colección *Trujal, Pliegos de poesía*, que el profesor y

poeta Ramón García Mateos edita en la villa de Cambrils. De entre todos los poemas que en el transcurso del tiempo, Juan había ido reposando en su bien surtida despensa de poeta aparecieron dos o tres que apuntaban en una misma línea de intención erótica. Juan va a tirar de este incipiente hilo y va a entrar en el territorio más gozoso del poeta: el territorio de la ensoñación, aquel en el que los caminos, sin ser conocidos, se intuyen, se entrevén, se abren a las expectativas creadoras. La poesía nunca puede ser un oficio porque la labor del poeta siempre es intermitente. Y cuando, en su momento aparece la materia poética que nos reclama, la condensada argamasa emocional, el potencial de posibilidades expresivas, el espíritu del pueblo que moduló los acentos y las intenciones de la lengua, el poeta se siente ya semilla que respira la primavera, acequia que se desborda, árbol que va a dar sus frutos al mundo. El poeta se siente pletórico de respiraciones. Ha llegado para él el tiempo de su labor. Así fue como Juan López-Carrillo, rondando la idea de un cuadernillo con poemas eróticos, entró en un país del que cada día nos traía un apunte hiperbólico, una confidencia sentimental, un golpe de ingenio, una nota de sensibilidad y un cachondeo padre que nos partía el pecho a risotadas desbocadas.

Sí, desbocado, torrencial, magmático, Juan había conseguido romper los diques de la inercia de nuestra vida social que contienen y reprimen el caudal de palabras que arrastran un contenido del que, acaso, no somos excesivamente conscientes y que nos salvan de las sequías bíblicas que pasamos los poetas. Y aquel que había de ser librito le fue creciendo entre las manos, como no podía ser menos dada la excitación lírica de nuestro poeta que no dejó de frotar su musculación creativa hasta eyacular este POEMAX calentito que el lector tiene entre sus manos.

Y a partir de aquí empieza el espectáculo. Recuerdo cierta lectura del tan citado T. S. Eliot en la que —si no llevo el agua a mi molino— venía a decir que no teniendo el poeta la seguridad del valor de lo que escribe y, por lo tanto, la latente conciencia de estar echando a perder su vida para nada, no estaría de menos que pudiera

desempeñar en sociedad el benéfico papel del actor de variedades. Y justamente eso es lo que ha venido sucediendo desde aquella época en la que no había ni un día de la vida de López-Carrillo que no estuviera verdecido por el revuelo de su poesía procaz, chispeante, sicalíptica y guarrindonga. Inevitablemente toda causa genera su efecto y la frenética y obsesiva labor en la que estaba inmerso, los continuos hallazgos de su soledad creativa requerían de una confrontación pública inmediata. Allí donde fuera, en los bares, en los pasillos de las instituciones, en los lavabos con hilo musical, en los autobuses, en los ascensores o en medio de la calle, como un profeta que nos trae la buena nueva del hedonismo libertario, como un cómico de la legua que improvisa su escenario ante la más mínima oportunidad de divertir al primero que pasara por su lado, López-Carrillo fue ejercitando ese impulso de protagonista de su propia comedia con una efervescente vehemencia sólo modulada por su natural bonhomía y por el sano juicio del buen andaluz y el buen poeta que sabe reírse hasta de sí mismo. Días del placer de la amistad —Ramonés, Goliardos, Paus, Anas, Javieres, Nurias, Lolas, Montses, Manolos, Juanes, Rubenes...— y de la palabra que rompe los moldes de la formalidad encorsetada. Días de derroche incontenible de ingenio en las mesas de El Paraíso de Bonavista en el que escribíamos cartas a nuestros amigos, Pedro y Mónica allá en su tierra argentina, en las servilletas manchadas por el aceite de los chipirones. Noches de farándula reusense en «el bell mig del Cercle dels senyors» en el que todos, como un potaje compartido, metíamos la cuchara pornográfica en el caldo amoroso, tierno y cínico que Juan López-Carrillo preparaba en su cocina lujuriosa. Sé de algunos que terminaron con gastroenteritis líricas por los excesos picantes de menú tan sensual, pero los más hemos acabado aprendiendo de memoria sus poemas y recitándolos en la primera ocasión que nos brindan las reuniones de complicidad y descaro. Aquí no acaba la cosa y antes de continuar, «permítasemelo», una pequeña pausa publicitaria para hablar de la intención de su obra.

Más intuitivo que reflexivo, Juan López-Carrillo alumbró

en este libro dos convicciones personales sobre su quehacer poético. Una primera, posmoderna podríamos decir, la del hombre perdido en la selva de los signos que halla su camino en la radical sinceridad de decir lo que realmente le importa, no tanto lo que siente como experiencia propia (no confunda nadie torpemente el hecho de que el hablar de sexo tenga como correlato lineal el que no se practique), como todo lo que es capaz de agitar en la órbita del tema que centra sus expectativas. Sustentada por esa radical sinceridad descansa su creencia de que todo lo humano es poetizable, incluido lo que se juzga, equivocadamente, por evidente, banal o cotidiano. Poesía de la cotidianidad. Y una segunda convicción de raíces románticas que le impulsa, más allá del mundo que habla un lenguaje represivo, calculador y dominante, a decir lo que le da la gana —con perdón del corrector de estilo— lo que le sale, literalmente de los cojones. Poesía de la libertad. Y con estas dos convicciones por bandera, Juan López-Carrillo se lanza al ruedo de la opinión pública con un valor y un desparpajo que pone en solfa, como el que no quiere la cosa, el tabú del sexo (pudor, secretismo y vergüenza) y la poesía (sublimación, elevación y enigma).

Continuemos. Un día, allá por los fríos eneros de este año feliz que tal vez nos permita conocer el verdadero amor, Juan me presentó a un señor famélico y avinagrado que tenía el encargo de la editorial de poner un contrapunto flemático y moral a la incontinencia lúbrica de POEMAX que este, en un primer comentario, consideraba excesivamente depravada. Se presentaba a sí mismo bajo el seudónimo de Luis Ángel Montero Valiente, no se sabe si como elogio o difamación de los autores que lo apadrinan. No voy a decir, por gitano legítimo, su nombre verdadero. Al final del libro aparecen sus comentarios de beato ñoño y desfasado. Sin descubrir nada permítaseme la confidencia de que, después de la segunda copa, este buen señor se destapó con un conocimiento de la poesía galante que nos dejó, a Juan y a mí, absolutamente perplejos. Nos habló del secretismo voraz con que corrían los pliegos de poesía licenciosa por las calles del Madrid de todos los

siglos, escrita por los más eminentes autores de su tiempo, Quevedo, Góngora, Moratín, Espronceda y hasta el mismo Gustavo Adolfo Bécquer, tan elevado en su sensibilidad romántica y bella. A la cuarta copa el corrector de estilo empezaba a entonar alguna coplilla, con escasa voz pero con mucho tino, más propia de los goliardos medievales que la de un señor recatado, parco y estrecho de apariencia. El inquisidor, mudado en chicarrón prostibulario, se puso a cantar con voz de jota:

Espatárrate Genara
que aquí mismo te la clavo
que en cuantiquico que te veo
me salen chispas del nabo

¡Ya ven! ¡Lo que debe hacer un hombre para ganarse la vida!

Una vez completado el corpus personal de sus poemax, con los comentarios a cargo del señor Luis Ángel Montero Valiente, un libro que inevitablemente iba a desembocar en la página 69, no podía continuar más allá de la misma sin que Juan López-Carrillo dejara el testimonio de homenaje a una postura sexual cachondamente prestigiada en nuestra cultura de pueblo rijoso y reprimido. Una página —que se convierte en paj. (a)— que, a su vez, con otro vuelo de la imaginación provocativa del autor, da lugar a una delirante serie de poesía visual utilizando sólo este número del álgebra erótica.

Y el espectáculo iba *in crescendo*, como corresponde a la espumosa temática del libro. Con sus bolos artísticos improvisados, impuestos por su incontinencia, reclamados por los iniciados, Juan López-Carrillo, como si de una droga de efecto fulminante se tratase, fue creando adicción a este su libro POEMAX, probablemente la obra más autopublicitada que artista alguno —tan reservados como acostumbra a ser mientras van madurando los frutos de su magín— haya acometido nunca desde los tiempos del delirante Dalí. La personalidad desaforada del poeta contaminó con su entusiasmo sin límites el espíritu de cuantos a su alrededor, vates insignes, vates incipientes, vates laureados, vates sin cadena,

vates sin pedigrí, vates que se esconden bajo seudónimos ingeniosos o ridículos, váteres, prosistas, ensayistas, memorialistas, historiadores y cuentistas, toda una caterva luminosa y mordaz, salaz y lírica, se fueron acercando a reflejarse en el agua encendida de su poemario. Tal fue la expectación que fue creando que no hubo más salida digna que la de invitarles a participar en el libro dando suelta así a la parte más vergonzosa de su obra. Catarsis colectiva, compromiso del que no se quiere ver señalado como tímido o pudoroso, intrépidos o lanzados o arribistas o poetas todos enamorados de sí mismos, nos fuimos sumando a las páginas de POEMAX, convidados a esta orgía lírica que, si no pasa por ser una antología, una buena antología de los mejores escritores de Tarragona, es, por lo menos, una buena antología de los mejores amigos de Juan López-Carrillo, capaz siempre, en su bondad militante, de juntar las churras con las merinas. Una orgía siempre es un derroche, y cuando se derrocha no se está para hacer disquisiciones políticas, ideológicas o estéticas. Todo vale, hasta cierto punto, en el popurrí de la fiesta, todos están invitados a la verbena de su verdad, que nadie desprecie a nadie, somos pueblo que se mezcla y suda y, como dice el refrán, que cada palo aguante su vela. En esta que se formó Floresta de Varia Erección, encontramos que abundan los sonetos, ese aquilatado vaso antiguo que los poetas modernos siguen usando para sus brebajes líricos: preñado de un conceptismo intenso, mareante y turbador hasta el desmayo el de Agustín Gutiérrez; resonante de la más lozana y bravía tradición popular, el de Ramón García Mateos; perverso de inteligente malicia el de Miguel Degollado; tremendista, bestial y celiano el de Mariano Ahumado; modernista enamorado el de Francisco Navarro; candoroso el de mi primo Paul Gaban, que no perderá nunca su condición de primo si sigue enamorándose de las casquivanas; ricos de voluptuosidad barroca y cínica los de esa desconocida Lola de Cepeda, mezcla de bruja y monja licenciosa, original hallazgo que está a la espera de los exégetas que han de traernos más noticias de esta poetisa del Siglo

de Oro; contundente y terapéutico, el mío propio que, no siendo de temática libidinosa, está aquí porque a Juan López-Carrillo, el autor de todo este compendio de rarezas, le da la gana, que es la forma más elemental y sencilla de la libertad aunque, las más de las veces, no se tienen ni el valor necesario ni las ideas claras para hacer lo que nos da la gana.

Sin pretender citar a todos los autores que aparecen, treinta y dos, en el **Florilegio**, a vuela pluma me permito reseñar aquellos que considero que nos dejan una huella memorable de su talento: Eugeni Perea, que nos aprisiona el gusto de seguir deleitándonos con su vasta erudición; Rafael Gómez, recia mezcla de moderno *underground* y clasicismo romano; Eduardo Moga, poeta de poetas, oscuro en su luminosidad profunda; Juan González Soto, destellante como un cohete luminoso que sube y baja en su poema, macerado de lúbricas sílabas que silvean por su cuento; Raúl Borrás, romántico surrealista, doblemente apasionado; Josep Moragas Pagés, reencontrado, inefable; Josep María Pagés, cibernético; Pedro Guzmán de Andrade, émulo de Paradox con las palabras; Pantaleón Valerio, rapero sin pelos en la lengua; Luis Felipe Comendador, incisivo; Máximo Hernández, premiado de salud literaria y poética, alto en su labor honesta; Quim Besora, verdadero; Manuel Rivera, entre la memoria y el relato, conclusivo; Gustavo Hernández Becerra, *butragueño* del relato, magistral en el regate corto; Antonio Gutiérrez Turrión, satírico sin indulgencias; Enrique Villagrasa, ingenio farmacopeico; Jordi Cervera, el lujo de la lujuria clásica; Pau Saracho, dómine de todos los palos.

Junto a estos autores reconocibles se entreveran otros de diferente pelaje y dudosa ubicación biográfica que más que seres reales nos parecen una galería de seudónimos o heterónimos —¿quién es esa sáfica poetisa vasca Lohitzune Aizkoitia?— cuya secreta personalidad sólo Juan López-Carrillo está en condiciones de poder desvelar. Como hombre cabal que conoce los límites de la decencia estoy seguro que nunca caerá en el lamentable pozo de la delación ni en el rastrero chivatazo. Que queden allí, en el

claroscuro de la verdad o la invención, entre los juegos de la realidad incierta o la seriedad de la imaginación verdadera, bajo los pliegues de sus sábanas de fantasmas o de sus ropajes de personas disfrazadas. Al fin y al cabo este es un libro de literatura, es decir, mezcla inextricable de lo vivido y lo inventado. Proyección de un autor protoplasmático que ha sabido recoger las aportaciones de todos los efluentes para llegar a articular un libro diverso y divertido, serio y desternillante, profundo y frívolo a la vez. Todos los autores convocados (inventados, falsos o verdaderos) hemos servido de coro que acompaña a un ser humano espléndido y cachondo que nos ha hecho planetas cautivos de su estrella encendida, conjurados en el placer de sus devaneos literarios, galaxias salaces de la Vía Láctea de su Big Bang.

Para cada uno de nosotros Juan nos ha reservado un comentario a pie de página, que nos revela la calidad fresca de su prosa fluida, imaginativa, de un humor fino y socarrón. Una prosa que trae consigo el ritmo suave y gozoso de su poesía y que no dudo en calificar de magnífica en sus intenciones y en sus logros.

Para un testigo como yo no deja de ser curioso cómo aquel cuadernillo primerizo se ha ido plegando sobre sí mismo y ha ido transformándose en este POEMAX general, poético y narrativo a la vez, en el que el peso del mismo queda equidistante y equilibrado entre la aportación original de López-Carrillo y la sedimentación colectiva de sus amigos. Cómo un idea nacida en el espontáneo calor de los encuentros fue recreada, crecida y hecha propia por el talento del autor hasta quedar integrada en la totalidad de este libro plural y multiorgásmico. Sus diferentes apartados, sus ramificados caminos, sus letras pequeñas no menos importantes que sus letras grandes, sus ceremonias de ocultaciones, sus meditados silencios, las diversas voces que se interpelan (como la del mismo corrector de estilo, el Sr. Montera Valiente que en su comentario número cuatro aconseja al prologuista pedir indulgencia al público por lo que va a leer) hacen de POEMAX un libro arriesgadamente único, bacanalmente grande y dionisiacamente libre.

Porque POEMAX es un libro libre. Escrito contra la mentecatez gélida y roñosa de lo establecido, contra la estrechez de la moral interesada, de la doble moral que emponzoña el cuerpo y contamina el espíritu. POEMAX es un libro libre. Escrito a favor de la alegría del alma y de la carne que se hacen hermanas en la verdad de ser como somos, sencillas personas que quieren deslastrarse de la recamada purpurina de las vanidades bobas, de los pesos de las culpas impuestas. POEMAX es un libro libre. Escrito contra las tiranías, las oligarquías, las dictaduras, las teocracias, las falocracias, las satrapías y todas las formas de demagogia que el miedo, la carencia y la sinrazón de los hombres han creado. POEMAX es un libro libre. Escrito a favor de la tolerancia, a favor de la convivencia sana y libre. A favor de la República, ¡qué coño!

Tampoco este libro descubre nada. Ya desde los primeros poemas de las primitivas líricas aparece el sexo como una fuente de inspiración directa o subliminal. Su originalidad no reposa en el tema, ni siquiera en el tratamiento del tema sino en su carácter de compendio, en el calor de la fragua que lo fue forjando, en el sabor de la cocina y los ingredientes que el artista ha ido mezclando, en el entramado de su textualidad rica de matices sutiles y groseros, líricos y procaces, ficticios y reales. La poesía visual, por ejemplo, estratégicamente dispuesta en la estructura del libro, es un hallazgo original que hubiera podido vivir por si misma, pero que al estar enmarcando la poesía escrita crea un efecto de sinergia entre el silencio y la palabra que enriquece nuestra atención y eleva nuestro goce de lectores de poesía.

Hecho el relato de cómo se fueron acumulando las hojas de otoño de este libro tal vez ya hayamos respondido a aquella primera pregunta de los inicios de cómo nace un libro. Si lo escrito contiene poesía y no meros refritos de palabras es difícil de dilucidar porque la poesía siempre depende del espíritu subjetivo del lector, de su capacidad creativa para sintonizar su sensibilidad con la ofrenda del poeta.

Creo que es evidente la diferencia de tono que existe entre

las entregas de los invitados, que por lo general entran al trapo con una intención de *divertimento*, jocosa y frivolizante (con algunas excepciones) y la poesía de Juan López-Carrillo. Esta, a parte de algunos poemas donde se busca la carcajada, está matizada por un yo poemático que se nos aparece con el rostro de un personaje que mueve los hilos de una autenticidad cercana y, por ende, verdadera. Si la poesía es esa cosa inaprehensible que no podemos definir tal vez seamos capaces de reconocerla por los efectos que causa. Y los efectos de la poesía de Juan López-Carrillo son inmediatos: sentimos que nuestro espíritu se baña de un fino humor, mezcla de sonrisa y desengaño; sentimos una asunción de nuestra humilde condición que nos hace, por extraño que parezca, felices, y si la felicidad es la más alta manifestación de la inteligencia, nos hace, también, más inteligentes. ¿Le podemos pedir más a un poeta?

Pongamos fin. De este libro podríamos seguir hablando hasta el fin de las noches de todos los días. Acabe aquí este introito escrito para mayor gloria de un autor humilde y sabio. Que los dioses nos pillen confesados a él y a nosotros. Salud.

Alfredo Gavín